

1

LA PLAYA

I

FRENTE A LA COSTA ESTE de Norteamérica, a más de treinta millas de las orillas interiores de Massachusetts, se encuentra en pleno Atlántico el último fragmento de un territorio ancestral y desaparecido. A lo largo de veinte millas, esta tierra postrera y lejana se enfrenta al eternamente hostil océano en forma de un inmenso talud erosionado de tierra y arcilla, cuya silueta ondulada y escalonada se alza ora cien, ora ciento cincuenta pies sobre el nivel del mar. Desgastada por el oleaje y las lluvias, desintegrada por el viento, resiste aún imponente. Muchas tierras la componen, y muchas gravas y arenas estratificadas y entreveradas. Tiene varios colores: marfil envejecido aquí, turba allá y más allá un marfil oscurecido y enriquecido con un toque herrumbroso. Al atardecer, cuando su silueta se alza espléndida al oeste, la cara de la pared deviene una sustancia de sombra y oscuridad que desciende hasta la eterna zozobra del mar; al amanecer, el sol que emerge del océano la dora con un sosegado silencio de luz que se disipa, asciende y desaparece en el día.

Al pie de este talud, una gran playa oceánica discurre ininterrumpida, milla a milla, hacia el norte y hacia el sur. Solitarias y elementales, inmaculadas y remotas, visitadas y

poseídas por el mar abierto, estas arenas podrían ser el final o el principio de un mundo. Era tras era, el mar le presenta batalla a la tierra; era tras era, la tierra lucha por mantenerse, apelando en su defensa a sus energías y sus creaciones, implorando a sus plantas que se acerquen, sigilosas, a la playa, y conteniendo las arenas limítrofes en una red de hierbas y raíces que las tormentas lavan impunes. Los grandes ritmos de la naturaleza, hoy tan indolentemente desdeñados, heridos incluso, hallan aquí su espaciosa y primigenia libertad; nube y sombra de nube, viento y marea, temblor del día y de la noche. Las aves viajeras se posan aquí y vuelven a alzar el vuelo sin ser vistas, los cardúmenes de grandes peces se mueven bajo las olas, el oleaje arroja su roción contra el sol.

A menudo descrito como íntegramente glacial, este rompeolas es, en realidad, un terreno antiguo recubierto por uno nuevo. Los mares rompían en estos mismos límites ancestrales mucho antes de que el hielo se hubiera formado o el sol se hubiera empañado y enfriado. Otrora hubo, según parece, una llanura costera en el norte. Se desmoronó por el borde, el tiempo y la catástrofe moldearon su altura y su forma, y durante años y años, el mar vino hacia el interior a cubrirla. La última frontera que se resiste corresponde aproximadamente al dique arrasado del talud. Avanzando mar adentro, las glaciaciones posteriores pasaron por encima de las antiguas playas y de los fragmentos de la llanura y, al tropezar con ellos, depositaron en aquellos alféizares los montones de grava, arena y guijarros que habían acumulado. Con el calentamiento de los mares y el paso del tiempo, el acantilado de hielo se retiró hacia el oeste entre sus brumas, y poco después las olas siguieron su camino hacia una tierra nueva, transformada e inerte.

Así transcurre, hasta donde es posible reconstruirla en términos generales, la historia geológica de Cape Cod. El brazo que va de este a oeste de la península es un área ente-

rrada de la antigua llanura, el antebrazo, el fragmento glacial de un litoral. La península se adentra en el mar más que ninguna otra porción de la costa atlántica de Estados Unidos; es la más lejana de las orillas lejanas. Tronando contra el talud, el océano se topa aquí con el último y desafiante bastión de dos mundos.

II

El talud que describo y la playa lindante miran al Atlántico desde el antebrazo del cabo. Ahora, este terreno exterior es apenas más que un gran dique o una muralla de unas veinticinco millas de largo y solo tres o cuatro de ancho. En Provincetown, se alza desde el mar y empieza en un desierto de dunas y llanuras de arena creadas por el océano. Estos arenales se curvan tierra adentro hacia el continente, plegándose hacia Plymouth como una mano podría plegarse por la muñeca, y la rada de Provincetown se halla en la curva entre la palma y los dedos. En Truro, la muñeca del cabo —siendo el símil del antebrazo tan exacto como ineludible—, la curva terrestre cae desde el este y el oeste trazando un arco orientado hacia el norte y hacia el sur, y el talud de tierra se alza bastante abruptamente hasta su cúspide. Desde el sur sudeste del faro de Highland hasta Eastham y la estación de salvamento de Nauset Coast, la muralla mira al mar y su perfil se recorta en el cielo, ora en una sucesión de largas ondulaciones, ora en rectas tan militares como las de una almena, hondonadas, colinas y montículos reveladores del carácter yermo del erial justo encima de ellos. En Nauset, el talud se acaba, el mar invade la tierra menguante, y uno entra en el reino de las dunas.

El talud se acaba y una muralla de dunas oceánicas continúa la playa. Esta muralla, de cinco millas de largo, termina en un canal cuya entrada custodian unos bajíos que el

océano arrastra a diario hacia una gran ensenada o albufera detrás de las dunas, una ensenada dividida por los suelos de las islas mareales y surcada por serpenteantes arroyos: la ensenada de Eastham y Orleans. En ocasiones, las mareas muy altas cubren las islas y convierten este espacio en bahía. Al oeste de los canales y las marismas, uno mira hacia las tierras altas del cabo, que aquí apenas cubren unas dos buenas millas de ancho. En Eastham, el terreno es un marjal despejado y ondulante. Allende al oeste, se extiende la bahía de Cape Cod. Los nauset, una poderosa tribu de indios, habitaron antaño esta tierra entre los mares.

Talud remoto y duna solitaria, la llanura del océano y los lejanos y brillantes confines del mundo, praderas, marismas y pretéritos cenagales: esto es Eastham; esto es la punta del cabo. El sol y la luna ascienden desde el mar, el cielo abovedado exhibe una inmensidad oceánica, las nubes son unas veces marinas y otras terrestres. Habiendo conocido y amado esta tierra durante muchos años, sucedió que me sentí invitado a venir, y así me construí una casa en la playa.

Mi casa estaba sola en lo alto de una duna, un poco antes de la mitad de la barra de Eastham en dirección sur. Yo mismo tracé unos planos de andar por casa y un vecino y sus carpinteros me la construyeron. Cuando empecé a construir, ni acariciaba la idea de usar la cabaña como vivienda. Solo quería un lugar al que venir en verano, lo suficientemente acogedor para poder pasar unos días de invierno, en caso de lograr arreglármelas para bajar. La llamé Fo'castle, mi castillo de proa. Tenía dos habitaciones, un dormitorio y un salón-cocina, y en total medía unos veinte pies por dieciséis. Una chimenea de ladrillo en la pared compartida por ambas estancias calentaba el espacio más amplio y templaba el dormitorio, y un hornillo de aceite con dos fogones me servía para cocinar.

Mi vecino hizo un buen trabajo. La casa, tal y como esperaba, resultó ser compacta y tenaz, y era fácil de mantener

y de calentar. La habitación más grande estaba revestida y pinté los paneles de madera y los marcos de las ventanas de un marrón claro tirando a beis, un color adecuado para un castillo de proa. La vivienda mostraba, tal vez, cierto entusiasmo diletante por las ventanas. Había diez. La estancia grande tenía siete; un par hacia el este abiertas al mar, un par hacia el oeste dominando las marismas, otro par hacia el sur y un ventanuco en la puerta. Siete ventanas en una habitación encaramada a una colina de arena bajo un sol oceánico: estas palabras sugieren luces cruzadas y resplandor; un recelo justificado que compensé usando postigos de madera, concebidos para un servicio invernal, pero que resultaron necesarios durante todo el año. Una vez solucionado este aspecto, comprendí que podía tener la más resguardada y oscura de las habitaciones o algo bastante parecido a un exterior interior. Mi habitación tenía tres ventanas: una al este, una al oeste y otra al norte hacia el faro de Nauset.

Para conseguir agua potable, instalé una tubería y un pozo directamente en la duna. Aunque el mar y la playa están justo al lado, y los canales de las marismas fluyen a diario hacia el oeste, hay agua dulce bajo la arena salada. La calidad varía, unas veces es salobre y otras, dulce y cristalina. Para mi regocijo, por casualidad di con un manantial de un agua que, a mi parecer, nada tiene que envidiar a la mejor de estos lares. Bajo el suelo, la cañería descendía hacia una arqueta enladrillada y cubierta donde había una válvula por la que yo drenaba el agua de la bomba en los días fríos (los días glaciales me limitaba a bombear la cantidad justa para llenar unos baldes, que vertía en el fregadero, y acto seguido purgaba la bomba). Para leer, tenía dos quinqués y varias botellas coronadas por velas, y para calentarme, una chimenea bien nutrida de madera que la deriva arrastraba a la playa. Sé que el arreglo de la calefacción con la chimenea suena demencial, pero funcionaba, y mi lumbre era más que una

fuente de calor: era una presencia elemental, una diosa del hogar y una amiga.

En la habitación grande, tenía una cómoda pintada de un humilde azul vagón, una mesa, una estantería de pared, un sofá, dos sillas y una mecedora. La cocina, construida en una sola línea, al estilo de un velero, ocupaba la pared meridional. En primer lugar, estaba el aparador para la vajilla y los vasos, después un hueco para la cocina —que tapaba cuando no usaba—, después un anaquel, un fregadero de porcelana y la bomba de agua. ¡Bendita bomba! Jamás me falló o cedió a mis nervios.

Con una mochila, cargaba mis víveres a hombros. No existe camino entre las dunas y, de haberlo habido, nadie habría repartido a domicilio. Al oeste de las dunas, cierto es, hay una especie de pista por la que los Fords podrían aventurarse, pero hasta los paisanos más expertos desconfían y hablan de quedarse atascados en el barro o en la arena. Mi madera, no obstante, llegó por esta pista, y de vez en cuando un vecino que tenía un caballo y una carreta me acercaba los bidones de aceite. Con todo, estas ayudas, no obstante, eran ocasionales, y me consideraba afortunado de haberlas siquiera recibido. Mi mochila era el único vagón de las dunas que siempre estaba listo. Dos veces por semana, según habíamos convenido, un amigo venía a buscarme a la estación de Nauset en coche, me llevaba a Eastham o a Orleans a hacer la compra, y me devolvía después a Nauset. Y allí metía la leche, los huevos, la mantequilla y los panecillos en la mochila —con sumo cuidado de qué quedaba encima de qué— y emprendía el camino por la playa junto a las olas que rompían.

La cima del montículo sobre el que construí se alzaba apenas a veinte pies sobre la línea de pleamar, y tan solo a treinta de la gran playa. Los guardias costeros de Nauset, a escasas dos millas, eran mis únicos vecinos. Hacia el sur quedaban las dunas más lejanas y algún que otro campo de

tiro apartado y solitario; el suelo marismeño y mareal me separaba del pueblo y sus distantes granjas por el oeste; el océano cercaba mi puerta. Al norte, solo al norte, tenía yo contacto con lo humano. Desde su duna solitaria, mi casa se enfrentaba a las cuatro paredes del mundo.

Una vez estuvo terminada, probada y hubo superado un primer año en Cape Cod, me fui para pasar dos semanas en septiembre. Al final de la quincena, permanecí, y a medida que el año daba paso al otoño, la belleza y el misterio de esta tierra y este mar exterior me poseyeron y retuvieron de tal modo, que no fui capaz de marcharme. El mundo de hoy está exangüe por la falta de cosas elementales, de fuego ante las manos, de agua manando de la tierra, de aire, de tierra amada bajo los pies. En mi mundo de playa y duna, estas presencias elementales vivían en toda su esencia, y bajo su arco desfilaban un incomparable festival de naturaleza y el año. El flujo y el reflujo del océano, el embate de las olas, los encuentros de las aves, los peregrinajes de los habitantes del mar, el invierno y la tormenta, el esplendor del otoño y la santidad de la primavera; todos formaban parte de la gran playa. Cuanto más tiempo llevaba allí, más ávido estaba de conocer esta costa y compartir su vida misteriosa y elemental; me sentía libre de hacerlo, no tenía miedo a estar solo y poseía cierta inclinación propia de un naturalista de campo; no tardé en decidirme a quedarme y probar a vivir un año en la playa de Eastham.

III

La barra de arena de Eastham es el rompeolas de la ensenada. Su cresta sobresale por encima de la playa y desde su cima elevada y apisonada por el viento, una larga pendiente poblada de barrón desciende hacia las praderas por el oeste. Visto desde la torre de Nauset, el terreno tiene cierto aire de simplicidad geográfica; en realidad, está repleto de hon-

donadas, pasajes ciegos y anfiteatros en los que el estruendo del mar parece el rugido lejano de una catarata. A menudo paseo por estos curiosos fosos. Por sus suelos arenosos, por sus pendientes, encuentro motivos dibujados por las patas de las aves de paso. Aquí, en un apacible espacio de arena sellada por multitud de garras, se ha posado una bandada de alondras; ahí, uno de los pájaros ha deambulado por su cuenta; allá están las huellas más profundas de los cuervos hambrientos; allá, la impresión palmeada de una gaviota. Para mí, siempre hay algo poético y misterioso en las huellas de los hoyos de las dunas; empiezan en medio de la nada, a veces con la leve impresión de un ala posándose, y se desvanecen de pronto en la inexplorada nada del cielo.

Por el costado oriental, las dunas caen en taludes de arena hasta la playa. Al pasear por ella bordeando estos taludes de cerca, uno camina a la sombra vespertina de una suerte de escarpadura arenosa, ora razonablemente rasa y de siete u ocho pies de alto, ora de quince o veinte pies hasta la cima de una cúpula o un montículo. En cuatro o cinco puntos, los temporales han horadado brechas o «cortes» limpios a lo largo de la muralla. La vegetación dunar crece en estos lechos secos, enraizándose bajo los restos semienterrados de viejos macizos de *Artemisia stelleriana*, la hierba más familiar. Esta planta florece en las situaciones más expuestas, salta desde lo alto de la duna hasta las pendientes desnudas, e intenta incluso hacerse con un puesto permanente en la playa. De un glauco argentado durante todo el verano, se viste en otoño de tonos dorados y cobrizos de singular belleza y delicadeza.

La hierba crece más robusta en las pendientes y las faldas de las lomas, sus altas hojas encierran intrusivas cabezuelas y macizos de la carnosa vara de oro de las dunas. En la base de las dunas, donde las arenas se abren y las briznas se alzan cenceñas, el guisante de playa destaca con su hoja reconocible y su apagada inflorescencia superior; más abajo toda-

vía, en suelos casi desérticos, hay matas de brezo de arena y planas estrellas verdes de una infinidad de tártagos. Los únicos arbustos de la región son los escasos y desperdigados matorrales de ciruelo de playa.

Todas estas plantas disponen de una larguísima raíz principal que se entierra hasta el núcleo húmedo de las arenas.

La mayor parte del año tenía dos playas, una arriba y otra abajo. La playa baja, o mareal, empieza en el nivel medio de la bajamar y asciende una pendiente pronunciada hasta la marca superior de la marea baja normal; la playa alta, de forma más mesetaria, ocupa el espacio entre la marea alta y las dunas. El ancho de estas playas cambia con cada tormenta y cada marea, pero poco me equivocaría si estimara que tienen una media de setenta y cinco pies de ancho. Las marejadas ciclónicas de fuera de temporada y las mareas muy altas hacen de la playa un amplio terreno completamente nuevo. Las mareas invernales angostan la playa alta en invierno y a menudo la barren de un lado a otro hacia las dunas. En verano, la playa entera se reconstruye, como si cada marea empujara consigo cada vez más arena desde el mar. Quizá las corrientes arrastran arena desde las barras exteriores.

No es fácil encontrarle un nombre o una expresión al color de la arena de Eastham. Su tono, además, varía con las horas y las estaciones. Un amigo dice que es amarilla tirando a castaña, otro habla del color de la seda salvaje. Sea cual fuere la imagen del color que estas pistas puedan ofrecer a la mente del lector, la arena en un día de junio luce el tono más cálido e intenso que uno puede encontrar. Hacia el final de la tarde, sobre la playa y el mar lindante se cierne un delicado matiz malva. La línea del paisaje no presenta ninguna aspereza, nada del brillo intenso o la brusca revelación del norte; aquí siempre hay reservas y misterios, siempre hay algo más, en tierra y mar, algo que la naturaleza, honradamente, oculta.